

LA NACION.

EDICION LITERARIA.

Año V.

Redaccion y Administracion, calle del Fomento, núm. 18.
Gratis á los suscritores de LA NACION.—Un cuadernillo de 25 números, 4 rs.

Núm. 707.

DOMINGO 15 DE MARZO DE 1868.

REVISTA DE LA SEMANA.

Actualmente en todos los países de Europa encontramos la opinion y la prensa ocupadas de algun incidente particular y famoso. América tiene su *Ferrocarril de California*, Paris su *Cuestion Kerueguen*, Berlin su *Viaje del príncipe Napoleon*, Londres su *ministro D'Israeli*.

El primero de estos sucesos es una nueva muestra de la actividad emprendedora del gran pueblo Norteamericano, y un paso mas en la gigantesca obra de comunicacion universal que desde algunos años ha empezado á realizar la osadía de los hombres. Son perforados los Alpes, valladar insuperable para los que no se llaman Napoleon ó Annibal. Al Mediterráneo, que apenas respiraba por un exiguo estrecho, se le abre un desahogo por el istmo de Suez para que lleve al mar Rojo, al golfo Pérsico y al mar de la India las aguas europeas y se traiga de allá todos los tesoros que en vano trataran de ocultar el supersticioso chino y el indio moderno, ese sér medio brahman y medio inglés, dividido entre la libra esterlina y la contemplacion estática.

Esta fraternidad de mares y golfos recibe ahora una poderosa y tambien fraterna ayuda en el ferrocarril que une á Nueva-York con San Francisco, que atraviesa de Oriente á Occidente la América en la direccion del Sol y de la Civilizacion. Aquí vendrá como natural consecuencia una depreciacion de todos, los cabos, *finis terrae*, de todas las navegaciones lejanas. Adios cabo de Hornos. Adios *Buna Esperanza*. Un canal de algunos metros de largo ha desprestigiado el paso lejano, el viejo derrotero del mar Antártico: unos cuantos kilómetros de *rails* y una locomotora han des acreditado aquellos paseos peligrosos por la tierra del Fuego. Jacobo Watt ha matado á Magallanes.

¡Y esto lo hacen aquellos hombres aislados, los hermanos de aquellos hombres aislados, solos, egoístas por geografia y carácter, divididos de todo el mundo, sin mas lazo que la letra de cambio, separados por el mar, por la indole, por la lengua, por todo, *Divissos toto orbe Britannos!*

Pero esta raza sabrá unirse al resto del mundo y unir al mundo entre sí, estableciendo el cable submarino, union por medio del mar de las dos porciones terrenales del globo; abriendo el ferrocarril de California, union de las dos grandes porciones de mar que estrechan el globo.

Vemos que la geografia física varia en manos del hombre como ha variado la geografia política. Apartar una montaña que estorba, reconciliar dos mares que estrechan un continente en opuesto sentido, comunicar la palabra en estensiones extraordinarias y entablar el diálogo entre dos hemisferios, establecer un camino por el cual la actividad comercial y la investigacion curiosa del sabio y del artista puedan pasearse alrededor del mundo: esto pertenece á los pueblos del Norte, cuyas empresas hubieran parecido fabulosas en otro tiempo.

Por nuestra parte, los madrileños no tenemos todavía ganas de dar la vuelta al mundo, y nos entre tendremos aquí dando la vuelta grande al Retiro, ó paseando por la ronda de Madrid.

Nosotros al mismo tiempo tenemos tambien nuestras empresas, tambien trastornamos la geografia fisi-

ca del globo, tambien organizamos expediciones para explorar el polo Norte, y aun es probable que este año se reunan todos los sabios de España para descubrir esas Batuecas de que tanto se habla y que deben ser unas comarcas tales como no las soñó Colon, ni las han visto ni verán en mucho tiempo los hombres.

De la expedicion á Jauja, que hace mucha falta, no hay nada de cierto todavía; pero si es cosa ya resuelta que irá un convoy al país de Babia, tan encomiado por algunos de nuestros sabios y tan frecuentado mentalmente por una gran parte de los españoles.

Por no ofender su modestia, no citaremos los nombres de los proto-sabios y archi-eruditos que tomarán parte en esta grande y celeberrima expedicion.

* *

Si en el mundo pasan hoy algunos acontecimientos dignos de llamar la atencion, en Madrid no pasa nada, excepto la Cuaresma que corre á buen paso, llevando ya tres viernes de camino, tres viernes solemnizados santamente con el salmon y el atun, con la sardina y los potajes de legumbres que Madrid penitente é indigestado devora para salud de su ánima y desagravio ó descanso de sus apetitos esencialmente carnívoros.

—Pero D. Tadeo, le dije yo; usted que tiene guardadas esas grandes partidas de harina, podía ponerlas á la venta, y si todos los que las tienen hicieran lo mismo, el pan bajaría, y tal vez no nos veriamos en la necesidad de comernos unos á otros.

—Hombre, le diré á usted; bueno es mirar al porvenir, y dejar venir los negocios, y no espantarlos cuando se van acercando poquito á poco. Si yo vendo ahora esa harina, no ganaré mas que cuatro mil duros, lo cual no deja de ser una friolerilla, mientras que esperando á la gran escasez del año que viene, puedo ganarme mis doce mil, tan seguros como está usted ahora delante de mí.

Pues entonces, ¿á qué se lamenta usted del hambre, de los pobres, de la miseria, cuando usted y otros como usted pueden, si no remediarle, darle algun alivio por lo menos?

—Yo me lamento porque... ya usted ve, somos hombres... soy hombre y me duelen las desgracias del prójimo. Yo sé que á mí no me ha de faltar, y por lo mismo, siento que los demás... sí; lo siento. Yo, aunque usted me ve tan corpulento, tengo un corazon tamaño... y soy tan sensible, que desde que veo llorar un niño, me dan ganas de hacerle el duo.

—Pues entonces, ¿por qué no se decide usted, señor D. Tadeo? Es fama que tiene usted dos millones de renta: con esto, ya podría usted hacer una hombrada; poner á la disposicion de la municipalidad mil quintales de harina, para que los haga amasar y los dé ó los venda por un pequeño precio á los pobres.

—Hombre, le diré á usted. Eso tiene sus inconvenientes. Yo lo haría como usted lo dice, y tal es mi sentimiento; pero hay en contra la razon de que perdería unos cuantos duros que necesito ahora para emplearlos en una partidita de vinos que pienso sacar de Valdepeñas para esportarlos á Inglaterra. Si no fuera esa dificultad...

—¿Y piensa usted ganar mucho con ese vino?

—Poco: es cosa que deja poco;

—Vamos, veo que usted está tocado. ¡Ser un richon, tener lo bastante para vivir como un príncipe, y andarse metido en pequeños negocios para ganar una miseria, y lo que es peor, negociar hoy por medio de la harina con el hambre de los pobres, y va-

larse de la escasez de la cosecha, es cosa que no comprendo!

—Amigo, dijo D. Tadeo, con una risa de desden protector; este es el modo de ganarse la vida. El hombre que no trabaja es un sér despreciable, digno de morir de hambre; por eso yo trabajo, y por eso puedo asegurar que no me moriré de hambre, no, no me moriré de hambre. Eso se lo aseguro á usted.

Y diciéndolo esto se marchó, y cuando encontraba á alguno, le paraba, miraba al cielo, y con voz sentimental y compungida, decía: «si no llueve...»

Después he sabido, que cuando sintió el ruido de la lluvia en la noche del miércoles, se estremeció de terror, abrió el balcon y alzó la mano al cielo, como si en un arrebato de furia quisiera imprecicar á las nubes y conjurar los elementos.

* *

Nada mas ocurre. El gran acontecimiento de esta semana ha sido la lluvia del miércoles. Todo el mundo estaba alegre; y la gente andaba mojándose con placer por las calles, como en celebracion del suceso. Parecia que llovía trigo.

* *

Dicen que D'Israeli fué un mal novelista antes de ser hombre político.

¡Horror! Eserich y Ortega y Frias van á querer mandarnos.

B. PEREZ GALDÓS.

TEATROS.

El fantasma del pasado.—La varita de virtudes.—La suspension de Junio.

¡Qué escándalo, señores, qué escándalo! ¿Teneis noticia de que en Madrid haya sucedido alguna vez cosa semejante?

Ya sabreis que el público, ese niño voluntarioso, mimado de editores y empresarios, ha tenido la semana pasada la negra ingratitud de hacer una de las suyas.

Es el caso, que las empresas de nuestros teatros habian rechazado un drama de dos jóvenes escritores, *El fantasma del pasado*, fundados en que el género no era de moda, y por consiguiente no podía agradar á nadie. La razon era óbvia y convincente. Los autores, sin embargo, protestan, acuden á la prensa, y tras largos afanes logran que se reúnan unos cuantos actores, y sin empresarios ni grandes recursos, llevados solo de su amor al arte, decidan representarle en el teatro de Novedades. Primer desafuero inculcable.

Llega por fin el día del estreno, llénase el teatro, y la sourisa mefistofélica del sabio Areópago hiélase en sus labios ante los aplausos entusiastas con que el público llama á la escena repetidas veces á los autores Valcárcel y Bedmar. Segundo delito, coronamiento y consagracion desatentada del desacato.

Ahí es nada. ¡Aplaudir una comedia rechazada por

los Infalibles, nada mas que con el frivolo pretexto de que es buena!

¡Y lo que es mas grave, aplaudirla aunque la obra no es lo que se llama un modelo en su género! ¡Y aplaudirla apesar de la verdadera pobreza con que se ha puesto en escena, con decoraciones mas que viejas, decrépitas, con trajes tomados de acá y de allá, formando un delicioso mosaico en que no hay país ni época de la historia que no tenga su agujereada representación, con nobles escoceses que, despues de beber cerveza, se limpian la boca pasando y repasando el dorso de la mano por los labios (rasgo por cierto de costumbres aristocráticas inglesas, desconocido hasta el día, y que deben apuntar los anticuarios); con lords á quienes da ganas de ofrecer un par de duros para comprarse unos gregüescos; con mil detalles, en fin, esparcidos en todo el drama, que sin poderlo remediar, y á veces en las situaciones culminantes, hacen asomar una ligera sonrisa de burla y de lástima á un tiempo en los labios del espectador!

¡Aplaudirlo apesar de todo! ¡Qué atrevimiento!

Verdad es que la obra tiene una versificación robustísima y exuberante, bajo la cual se desenvuelve una acción desarreglada, inconexa, inverosímil unas veces y demasiado vulgar otras, pero siempre rica de calor y de sentimiento: no menos cierto que el drama entero es un exacto reflejo de la juventud con sus bellezas y sus defectos; falta de método y de precisión lógica, pobreza de arte en el desarrollo, forma seductora, pensamientos nobles y atrevidos, inspiración, osadía para acometer todos los obstáculos sin calcular su magnitud, rasgos de infantil inocencia en el diálogo y en algunos perfiles característicos, y sobre todo, amortiguando los lunares y haciendo resaltar las bellezas, vida, entusiasmo, sentimiento y poesía.

Pero, ¿qué importa todo esto? ¿No habian dicho los empresarios que la obra no podia aplaudirse? ¿Desde cuándo se permite el público semejantes libertades?

Los ofendidos jueces necesitan castigar cruelmente á estos espectadores revoltosos. Para lograrlo, tienen un camino: alterar sus juiciosas costumbres y poner en escena obras malas, tan malas como la presente, siempre que tengan ocasion de hacerlo.

Entretanto sigan los Sres. Valcárcel y Bedmar realizándolo con fé y energía su misión de poetas, en la seguridad de que ante los aplausos de un público se abren las puertas mejor cerradas y las mas escarpadas alturas se hacen accesibles.

Despues de cuanto ha sucedido, para jóvenes modestos y de talento como ellos, *El fantasma del pasado* es ciertamente la *aurora del porvenir*.

* * *

En cambio, abí teneis *La varita de virtudes*, zarzuela de magia, en tres actos, presentada con gran aparato y original del Sr. Larra.

¿Verdad que la obra *debía* ser buena? Pues considerad que sigue debiendo.

¿Por qué razón trascendental y de abstrusa filosofía, nos ocurre preguntar ahora, todas las comedias de magia han de ser cortadas por el mismo grotesco y trivialísimo patron? ¿Por qué, comedia de magia y comedia mala han de tener la eterna tenacidad de hacerse sinónimos?

Por mas que lo reflexionamos, no acertamos á vislumbrar la causa, altamente metafísica sin duda, de que en todas ellas haya una linda joven pretendida por un amante joven tambien, gallardo y discreto, pero pobre, al cual ella ama con delirio. Esta joven, sin embargo, debe casarse por la voluntad de su familia con un viejo rico á quien aborrece; mézclanse en el lance brujas, duendes, magos, demonios, familiares, etc., que se dividen en dos bandos, el uno á favor de la niña y del amante preferido, y el otro de parte de los papás y el pretendiente oficial; siguen sus raptos, persecuciones, burlas y demás lindezas, y todo

concluye con que la joven se casa á su gusto y el viejo amante se queda tocando tabletas ó se sumerge de cabeza en los infiernos para no servir de estorbo en lo sucesivo.

Imposible parece, á no verlo, que la introducción de lo maravilloso en el arte, ese poderoso recurso que ha dado vida á las bellísimas creaciones del genio griego, á las elevadas teogonías y luego á las incomparables leyendas de la Edad media y á las inimitables y fantásticas relaciones de Gallaud y de Hoffman; lejos de inspirar á nuestros poetas una composición artística y acabada, en la que el aparato escénico no sirva mas que para dar relieve á la creación poética y exaltar la fantasía, les inspire tan solo un argumento chocarrero, repetido hasta la saciedad, lleno de insipideces y absurdos, verdadero padron del servilismo de la poesía, enfrente de la maquinaria y del atrezzo.

Mas no creais que todas estas censuras se dirigen á *La varita de virtudes*. Los carteles la han llamado *aplaudida* zarzuela, y la *Gaceta* de Madrid ha hecho de ella pomposos é inusitados elogios. Habiéndose explicado así dos tan supremas y oficiales autoridades, la modestia nos obliga á enmudecer.

No seremos, pues, nosotros, los que os digamos que la tal zarzuela es muy mala.

* * *

Pero, ¿bemos dado á entender que *La varita de virtudes* es, como obra dramática, bastante mala? Pues rectificemos enseguida.

Si al hablar de ella, usamos semejante adjetivo, ¿qué frase castellana nos queda en la gramática que sea suficientemente espresiva para calificar *La suspensión de Juno*?

¡Oh dioses inmortales! ¿Por qué habrá sido tan bella la Mitología griega?

Hubiera sido un aborto de la naturaleza ó siquiera una vulgarísima concepción, y habríanla dejado en paz esos seres que, bajo el pretexto de divertir al público, han declarado encarnizada guerra á todo lo que tiene algo de creación artística, á todo lo que envuelve algun gran sentimiento. ¡Como si en nuestra época abundaran tanto la belleza y la poesía!

¡Glorias inmaculadas del arte, Juno, convertida en verdulera de nuestras plazuelas, que se pone en jarras, y esclama *chipé*. Io, digna competidora de Juno; Baco, transformado en tahir repugnante; Mercurio, hecho un andaluz insoportable; Júpiter, con un puro en la boca y sombrero de tres picos; Olimpo, entero, revuelto en un desenfadado cancan, volved la vista á otra parte, y perdonad al autor lo grosero de la parodia!

¡Santa misión la del artista que en esto se entretiene! Por mas que se nos tache de exagerados, podemos asegurar que nos parece imposible que puedan escribirse obras semejantes con ánimo sereno, y la conciencia enteramente tranquila.

Y si el autor es culpable, mucho mas lo son los espectadores que aplauden tales cosas. Esos merecen los Bufos, los malos escritores, los empresarios, en fin, todas las plagas imaginables.

Merecen mas. Merecen que se fulmine contra ellos el anatema mas terrible de todos, por lo mismo que es la frase mas dulce y mas resignada, aquel que dirigió á sus verdugos un santo mártir, y que encierra en sí la mayor condenación posible. Merecen que el Arte diga de ellos con amargura:

¡Compadece los, Señor, que no saben lo que se hacen!

EMILIO.

MANICOMIO SOCIAL.

Soliloquios de algunos dementes encerrados en él.

El filántropo curioso que copió por taquigrafía el monólogo del *neo*, continuaba su trabajo en las jaulas

sucesivas, cuando un incidente lamentable inutilizó lo que habia escrito. Hallábase copiando

cosa curiosa, y prometia gran aceptación, cuando un loco, que á la sazón andaba suelto por aquel patio, vino muy calladito por detrás y le dió un tremendo apabullo en el sombrero, enterrándose hasta la boca, con lo cual el filántropo curioso se vió en un gran aprieto; cayósele de la mano el papel y la pluma, y cuando desempaquetando su cabeza pudo al fin ver la luz del día y trató de coger sus enseres, el viento se los habia llevado. Ansioso de seguir su trabajo, volvió pocos días despues; pero el loco no queria hablar, y se vió precisado el copista á entretener su pluma en otro maniático de los mas notables de la casa.

JAULA SEGUNDA.—EL FILOSOFO MATERIALISTA.

¡Ay! En los tiempos en que yo no era filósofo, mi vida era un continuo martirio. Ilusiones aquí, esperanzas allá, recuerdos hoy, presentimientos mañana. No comprendía yo que era una gran majadería molestarse en pensar, en querer y en sentir.

Un día tuve una inspiración luminosa, flamígera, centelleante.

Hallábame discutiendo con un amigo que me habia convidado á comer. El era un cartesiano furibundo. Discutíamos sin cesar en los solemnes momentos de la comida; y aquel día, mientras estaba resolviendo el árduo problema de comerme media perdiz, mi contrincante dió un suspiro y empezó una filípica contra la ridícula costumbre de comer.—¡Comer! decía él. ¡Grosera función de la materia, hábito que iguala al hombre á los brutos mas brutos de la Creación! ¡Comer! ¡Injuria que hace el cuerpo al espíritu, solidario de la Divinidad, al espíritu inmaterial, infinito, inapetente, no susceptible de digerir, ni de engordar, ni de enflaquecer!—Y en tanto se comia una lonja de solomillo con guisantes, del tamaño de un queso manchego.

—¡Comer! dije yo abriendo la boca y metiéndome lo mejor que pude en ella una cucharada de garbanzos, nutritivo fundamento de la comida, verdadero pienso humano. Pues el comer es la clave y el principio de toda la filosofía.

—El principio de la filosofía, dijo mi amigo, comiéndose de un mordisco una pera de Donguiudo del tamaño de las bolas del puente de Segovia; el principio de la filosofía es: *Yo pienso; luego existo*.

—Pues ese es tambien el principio de mi filosofía: *Yo pienso; luego existo*.

—O quitando la parte caballar y asnal que esto tiene, digamos:

—Yo como; luego existo.

Desde entonces fui lo que soy, filósofo materialista. Principiaron mis grandes especulaciones; y al fin sorprendí todos los arcanos de la naturaleza y todos los misterios del alma y de la vida. El átomo fecundo, fuente de vida, elemento de toda forma y de toda idea, materia prima del alma, se presentó bailando ante mis ojos como un infusorio y vibrando sonoramente como una pulga que se hubiese metido á sochantre. Yo vi aglomerarse muchos de estos átomos en torno mio y formar la sustancia fundamental, figurando aquí una piedra, allá una flor, por un lado un deseo, por otro un afecto; y esta sustancia engendradora de la luz y del amor, del fósforo y del azufre, de la gelatina y del aquilon gomado, de la sangre y de la idea, del cuerno y de la ilusión, de la masa encefálica y de la aptitud para hacer versos alejandrinos, se presentaba ante mí obedeciendo á mi llamamiento, como obedecen á la gravitación universal todas las masas errantes en el espacio, constituyendo ese bello juego de coreografía cósmica que se llama armonía sideral, rotación y traslación sistemática de los planetas.

La materia estaba á mis órdenes, sujeta á mi exploración. Esta materia presentaba ante mí sus mas raras transformaciones; y yo vi que el resultado de sus juegos, de sus posturas, de sus equilibrios, constituye ese *clown* interno que se llama alma.

Entonces principié á desarrollar mis teorías públicamente.

El alma, dije, es una posición especial de los átomos. Yo me diferencio de una vela de esperma y de un fel-pudo, en que los polos de mis átomos tienen una dirección determinada.

Las facultades del alma son debidas á la repercusión

intima de unos átomos con otros. Cuando yo quiero se verifica en mí una cosa semejante á la que se observa en un cepillo de dientes cuando las crines, frotándose unas con otras, producen una vibración casi imperceptible.

Cuando yo pienso, se desarrolla lentamente en mi cerebro un hilo que va á enrollarse en una especie de cilindro que tenemos debajo del casco en las inmediaciones del cogote. Por eso se dice que un hombre se *devana los sesos* cuando piensa mucho.

Cuando yo siento, mi corazón, que es una esponja empapada en sentimiento, segrega el amor, la amistad, el odio, los celos y otros líquidos. Puede compararse el corazón á una bodega sentimental, donde el consumidor halla toda clase de licores, los cuales se sirven también á domicilio.

* * *

Un día quise enseñar mis teorías.

Mi cerebro devanó unas tres ó cuatro varas bien medidas de pensamientos felices, con dos ó tres cuartas de proyecto acalorado y cosa de pulgada y media de esperanza de éxito.

Mi corazón segregó tres azumbres de amor al prójimo, tres azumbres bien medido, con algunas jicarillas de temor vago, y hasta media docena de copas de entusiasmo endulzadas con algunas gotas de satisfacción del amor propio de sabio.

Yo deseé; es decir, mis átomos estuvieron dando y chocando unos con otros, y tambaleándose y cayendo como si estuvieran bebidos, por espacio de dos segundos y medio, quedándose despues quietecitos como en nisa.

Cuando me cercioré de que había pensado, sentido y deseado, mandé que cada cosa se pusiera en regla y doblé cuidadosamente el alma para que no se estropeará, y me la guardé en el bolsillo, no fuese que alguno me la quitara. Le limpié el polvo al pensamiento, porque este es un objeto que se ensucia con facilidad, y lo metí en un estuche, cuidando de untar con aceite los tornillos y ruedas de la voluntad para que no se tomaran de orin y marcharan con desembarazo en otra ocasión. Envasé los sentimientos, teniendo cuidado de atarlos uno á uno y de que no se escurrieran por entre los dedos, y cerré la llave á todo esto, con lo cual quedé muy sosegado y satisfecho.

* * *

Mi intención fué demostrar con ejemplos y con la observación la verdad de mi sublime teoría. Necesitaba para esto esponer un gabinete físico-psicológico en que se vieran clasificadas y encerradas en sus respectivos frascos todas las facultades del alma con sus funciones particulares. Para esto me valí de la química; y cogiendo una gran retorta con un alambique, un hornillo y algunos tubos de vidrio, monté mi laboratorio.

Fuí en busca de material. El primer simple que yo quería destilar era el amor, por ser el más curioso de los líquidos por sus propiedades corrosivas, su facilidad de evaporación, su sabor acre y su olor agradable.

Yo tenía un criado que estaba enamorado perdidamente de la hija de la portera. ¡Magnífico material químico! Cogí á mi hombre cuando estaba dormido y lo metí en una gran cacerola que tenía dispuesta para el caso, y lo puse al fuego á un calor de 49 grados. Antes le introduje un tubo en el pecho, con objeto de comunicar la esponja sentia enal con el aire exterior. Pronto empezó la destilación con ayuda de unas cuantas descargas de la botella de Leiden y unas limaduras de hierro.

Obtuve medio cuartillo de amor puro, de gran concentración. Quise probar las propiedades de aquel líquido. Apliqué una gota á la piel de un gato, y el pobre animal se murió en un arrebato de pasión, profiriendo unos ayes que partían el corazón.

Apliqué otra gota á un zapato; y el zapato se animó, se puso sobre el tacón y empezó á caminar solo en dirección á una babucha, á la cual dijo algunas palabras apasionadas.

Obtenido el amor, quise obtener aunque no fueran sino algunas cuartas de razonamiento analítico ó un retacillo de juicios prematuros, para lo cual cogí un chico de diez y ocho años, bastante listo, y lo puse en disolución con un poco de arsénico. Pronto empezó á precipitarse la idea en el fondo del vaso, y ya me preparaba á recoger algunas partículas de pensamiento, cuando

unos agentes de policía entraron en mi laboratorio y me prendieron, diciendo (¡qué embuste!) que yo había asesinado á mi criado y al chico que en aquel momento estaba en dilución.

Yo quise recoger en mi frasco algunas gotas de aquel error craso de la policía, para lo cual cogí un palo, y le di un fuerte golpe en la cabeza á uno de ellos, con la esperanza de poder analizar en su cerebro aquel magnífico ejemplar de descortesía é ignorancia; pero se apoderaron de mí, me maniataron y me trajeron á esta jaula, donde gimo encerrado.

¡Humanidad loca y soñadora y visionaria! Si me hubieras dejado, yo hubiera fabricado hombres lo mismo que se fabrican fósforos de Lizarbe.

UN CIGARRO DADO A TIEMPO.

HISTORIA DEDICADA Á LOS FUMADORES.

I.

Perico.

Un día Perico metió, como de costumbre, sus manos en los bolsillos, y se encontró con el vacío.

No tenía un cuarto.

Ante tan crítica revelación miróse á sí mismo de piés á cabeza, con un aire compungido y resignado á la vez y.

—*Me voilà*, exclamó, por no decir *Ecce-Homo*.

—Vamos, añadió enseguida encogiéndose de hombros, ¿qué voy á hacer ahora?

Y paseó una mirada por su estrecho zaquizami, como pidiendo á aquellas queridas paredes, testigos de su apuro, una respuesta satisfactoria.

Las paredes callaron, como es de suponer; pero Perico no sé de donde debió atrapar una buena idea, porque dijo de pronto, respirando con satisfacción:

—¡Bah! Estoy resuelto. El porvenir es de Dios, ¿á qué romperme la cabeza por averiguarle? Arreglemos nuestro pasado, y en cuanto á lo que venga, Dios dirá.

Dicho y hecho. Examinó todos los rincones de su cuarto y registró pieza por pieza lo que podemos llamar su propiedad mueble, es decir, todos los enseres que había en la habitación, no pertenecientes á su patrona.

Me parece que es escusado añadir que esta pesquisa solo pudo durar breves segundos.

Pero lo que sí debe notarse, es que al terminarla, tropezó con una caja de cedro, que abrió, y en cuyo fondo vió dos habanos escondidos, y como avergonzados de ser los últimos restos de la antigua opulencia de su amo.

—¡Calle! se dijo, satisfecho de su hallazgo y trasladándolos á su petaca. Estos fieles amigos me acompañarán en mi viaje al porvenir, y así el camino que Dios me prepare me sabrá á gloria.

Enseguida se sentó junto á la mesa, buscó y encontró un misero pedazo de papel, y con una pluma de ave, abierta de puntos, trazó en enormes letras lo que sigue:

«Muy señora mía:

«Usted ha sido para mí la reina de las patronas, y debo quedarle agradecido; pero desde hace algun tiempo se está molestando en preguntarme todos los días cuando pienso pagarla, y esto es ya mucha molestia y mucho preguntar. Ahí va por fin la respuesta:

«Nada tengo en metálico con que poder satisfacer sus justas exigencias, pero pagaré en especie.

«Al efecto dejo á usted todo cuanto poseo, y me marchó solo con la ropa puesta, para evitarla el disgusto de ponerme á la sombra hasta que satisfaga mis deudas, como me prometió ayer noche.

«Adios, pues, amable patrona, Dios la bendiga, como la bendice su afectísimo,

P. Garcia.»

«P. D.—Espero que se dará usted por pagada, en atención á las circunstancias, con el siguiente

Inventario.

Dos calzoncillos.
Una camisa.
Dos pares de calcetines.
Dos navajas de afeitar.
Un cepillo de dientes.
Una cafetera de latón.
Un baul.
Una zapatilla.»
—Etc., etc., puso despues, en cuanto se convenció bien de que nada absolutamente había olvidado.
—Y ahora, exclamó doblando la misiva, ya que he cumplido en lo posible con mi conciencia, á vivir; el mundo es mío.
Mas que aprisa se cala el sombrero, se emboza en su capa, y deja recatadamente su cuarto.
Abre luego la puerta de la calle y la cierra tras sí, dando un enorme portazo, como quien dice, «¡ahí queda eso!» y al hallarse en medio de la acera, murmura satisfecho:
—Perfectamente; ya que me veo libre como el aire, vamos á casa del señor de Lara y despues... adonde Dios quiera.

II.

Historia de Perico.

Ahora que hemos escitado un poco la curiosidad del lector, dejémosle preguntándose por unos segundos, «¿quién será ese señor de Lara?» «¿cuál será el grave asunto para que le buscará Perico?» etc., y vamos, para cumplir con los preceptos consuetudinarios del género, á decir qué casta de pájaro era el tal Perico, y á referir todos sus antecedentes.

Afortunadamente, soy enemigo de encarnizarme con lectores indefensos, á los cuales no guardo rencor alguno, y por consiguiente, la historia sera cortita.

Perico, en el momento en que le sorprendemos, era un misero cesante.

Perdonad si he presentado un héroe tan poco *fashionable*. No es mía la culpa.

Lo capital, lo culminante de su existencia, el color de su individuo, el rasgo principal de su personalidad, y lo único que aquí nos interesa, es que nació, creció, y vivió siempre pobre, muy pobre.

El adjetivo *pobre* se adhirió á él desde sus primeros días, como una segunda epidermis, como la epidermis *visible* de su persona, hasta sustantivarse en él, es decir, hasta formar su substancia.

Así, á pasos agigantados, llegó hasta el bello ideal de la miseria.

Este es el momento en que nos encontramos con él, momento supremo en que mirando á su alrededor, encontró arruinada y oscurecida dentro su mente una semi-esperanza, que aun podría valer algunos cuartos, y con tono decidido, se dijo:

—Liquidemos de una vez.

III.

El señor de Lara

Este señor, ex-diputado, comerciante, casi banquero, y en fin, todo lo bueno que ustedes quieran, estaba, cuando entró Perico en su despacho, dirigiendo sábias instrucciones á uno de sus corresponsales.

Perico era pobre, pobrísimo; el señor de Lara era rico, riquísimo. Segun costumbre inmemorial, el primero debía acercarse *pálido, encogido, tembloroso, mirando con comprimida ansiedad al que debía decidir su suerte*.

Pero aunque *debía* acercarse así, no lo hizo. Era épicaamente descarado, estaba habituado á obrar con completo *sans façon*, y por consiguiente, penetró en el lujoso gabinete del burócrata con toda la poca vergüenza del que no tiene ninguna.

El comerciante, por su parte, siguió escribiendo dos ó tres palabras, porque le pareció de muy mal tono atender enseguida á un pobre diablo que se le acercaba á pretender, y despues alzó la cabeza, se afirmó los anteojos sobre sus homeopáticas narices, y sin apartar apenas la pluma del papel, preguntó con cierto aire de impaciencia:

—¿Qué se ofrece, jóven?

—Ya habrá dicho á usted el criado quién soy, dijo impávidamente Perico.

—No recuerdo... respondió el señor de Lara con una sonrisita de suficiencia, que quería decir: «¡Desdichado! estoy bastante ocupado para poder pensar en una miseria como tú.»

—Pues tanto mejor, volvió á decir el jóven, porque así solo repetiré yo; estoy cesante hace mas de un mes, y he venido varias veces á solicitar de usted un empleo en su casa, si merezo esta honra.

—¡Ah! ¡ya! Pero si creo que se le contestó á usted que era imposible.

—No; me respondieron que esperara, y que usted ya vería...

—Pues bien; ya he visto, y no puede ser.

—¿De ningún modo?

—Absolutamente, no.

—Mire usted que estoy arruinado, que no tengo un cuarto, que...

—Lo siento mucho; pero cien puertas se abren cuando una se cierra; trabaje usted y... con su permiso...

Y volvió á escribir el señor de Lara.

Esto era decirle, «vaya usted con Dios.» Pero Perico, que no se asustaba fácilmente, permaneció un momento en silencio, y por fin, resuelto á hacer la última tentativa, exclamó:

—Señor de Lara, aunque no sea mas que por caridad, me contento con muy poco; ¿no podré esperar?

El comerciante alzó otra vez la cabeza, y mirando fijamente al que había desobedecido su tácita orden de marcharse, respondió con cólera:

—¡Le he dicho á usted que no! soy poco amigo de perder el tiempo, y tengo que hacer; le ruego que no vuelva á distraerme.

—Es decir, que ni aun, estando recomendado por...

—De nada valen las recomendaciones para mí. Usted será un buen muchacho, pero no le necesito; en otra ocasión podré servir á usted. Hasta la vista, amigo mío.

El tono decidido de estas palabras hizo perder al pobre Perico toda clase de esperanzas.

—No hay remedio, dijo para sí.

Y como quien toma una definitiva resolución, apartóse, miró detenidamente al señor de Lara, y se metió la mano en el bolsillo del costado de su levita.

Este movimiento era sospechoso.

—¡Diablo! ¿sí irá á sacar una pistola para pegarme un

tiro? pensó el señor de Lara, incorporándose con ligereza, y buscando con la vista el cordón de la campanilla. Perico, entretanto, registraba su bolsillo. Por fin asomó lentamente su mano, sacando... Pero lo que sacó merece capítulo aparte.

(Se concluirá.)

SALA DE VARIOS.

«La batalla de Waterloo se perdió... porque se perdió.»

(SELGAS.)

Hay cosas que me gustan, cosas que me agradan, cosas que me entusiasman, y cosas que me electrizan.

En esto no me pasa á mí ni mas ni menos que á cualquier otro mortal, porque todos tenemos nuestras aficiones, nuestros gustos, nuestras pasiones y nuestras extravagancias.

Personas hay que se deleitan escuchando las salvajes armonías de una murga; que gozan leyendo una novela de Perez Escrich; que se estasian contemplando el frontis del Teatro Real ó el caballo de bronce de la Plaza Mayor, y por último, y esto es lo mas criminal, que se refocilan leyendo un artículo de *La Constancia*, y se rien asistiendo á una representacion de los Bufos.

* * *

En el inmenso catálogo de los extravíos de la humanidad, todos tenemos nuestro hueco, y no hay literato, ni artista, ni hombre político, á menos de ser un Cervantes, un Miguel Angel, ó un Washington, que no tenga un número en aquel interminable registro.

Esta consideracion, que por lo simple y sencilla se halla al alcance del último de los neos, me ha hecho ser siempre indulgente con las debilidades de mi prójimo, y esta indulgencia constituye una de mis mas brillantes cualidades, y ruego á ustedes no echen á mala parte el pirope que me regalo.

* * *

Dice el refran que no se ha escrito nada de gustos. Yo creo que el refran se equivoca de medio á medio, porque á cualquier parte que vuelvo los ojos, tropiezo con esa nube de escritores en germen, de literatos en agraz que nos aturden con sus trasnochadas y empalagosas definiciones de lo bello, lo bueno y lo verdadero, sazonadas con el adobo infantil de sus frescas reminiscencias escolásticas.

Pero no divaguemos. Han de saber ustedes que yo, como cada hijo de vecino, pago tributo á la general extravagancia. Yo tambien tengo mi debilidad. ¡Y si fuera esta sola!

Mi debilidad consiste en leer las revistas de *La Constancia*.

Con un cigarro de tres cuartos en la boca, y un artículo de Selgas ante los ojos, no me cambio por Napoleón. Chupando el tabaco, y siguiendo el enlace matemático de los sustanciosos párrafos del distinguido académico, se me figura que estoy en un café jugando al dominó.

La ilusion es completa. La frase de salida es siempre la mas robusta; es la ficha mas gorda; como si dijéramos, el seis doble. Siguen despues saliendo las demás no tan nutridas.

El tema se va debilitando poco á poco á medida que se le van dando vueltas; las fichas disminuyen en valor numérico y empiezan á salir los blancos, esto es, los parrufitos como el que copio mas arriba. Por último, llega un momento en que se agotan las combinaciones y los equilibrios. Es el momento en que en el juego se acaban las fichas.

El distinguido académico echa una ojeada sobre los mas recónditos intersticios de su memoria, y añade un nuevo párrafo. En el dominó es indispensable la correlacion numerica, lo que constituye la dificultad, el *quid* del juego; pero en los artículos es otra cosa. Cada párrafo está bien donde cae, y observen ustedes cómo escribir revistas es mas facil que jugar al dominó.

* * *

Ayer envió un amigo nuestro á su criada á comprar eche á un puesto inmediato.

La sirvienta tenia que hacer otros recados y dejó la jarra al lechero, diciéndole que la tuviera llena cuando volviese á recojerla.

Al cabo de un rato vuelve la criada, pide la jarra, se la entregan, mira su contenido y encuentra que solo ora agua clara.

—¿Cómo es esto? pregunta al vendedor.

—¡Ah! tienes razon, contesta él imperturbable; han venido á distraerme otros parroquianos y se me ha olvidado añadirla la leche.

* * *

Quejábase una mujer de su marido, diciendo que á poco de su matrimonio se había vuelto adusto é intratable.

—¿Cómo ha variado! decia. ¿Quién había de conocer en él aquel Arturo que tan lindas cosas me decia cuando éramos novios?

—Eso es natural, señora, contestó uno.

—¿Cómo natural? ¿Obrar así no es una falsedad y una picardía?

—Al contrario, es sinceridad y consecuencia.

—Esplíquese usted.

—Pues está claro: antes sentia cuanto decia y hacia, y ahora siente lo que ha dicho y lo que ha hecho.

* * *

En el

—¿Ve usted, D. T. moteo, qué árida naturaleza?

—Ya, ya; cualquiera se creeria en el Desierto de Sahara.

—¿Por qué no se pondrán aqui unos cuantos árboles que den frondosidad?

—¿Qué árboles quiere usted que agarren aqui?

—¡Va! eso es muy facil. Si yo fuera Ayuntamiento, ya me sé lo que había de plantar.

—Veamos, ¿qué haria usted?

—Pondria un plantio de abogados sin pleitos; esos agarran en todas partes.

* * *

Conocemos un comerciante de ultramarinos muy místico y devoto, que todas las mañanas al levantarse pregunta á su dependiente:

—Juan, ¿has echado ya harina en el azúcar?

—Si señor.

—¿Y arena en la pimienta?

—Tambien.

—¿Y yerbabuena en el té?

—Por supuesto.

—Perfectamente. Pues ahora vamos á oír misa á las monjas de la esquina.

* * *

Cierto individuo, travieso y burlon, deseando poner en calzas prietas á un cura conocido suyo, sencillo y bondadoso, se acercó á él en ademán contrito demandando confesion general. Puesto á sus plantas, comenzó nuestro penitente la relacion de sus culpas, de la manera que sigue:

—Acúsome, padre, dijo, que quiero ser sacerdote.

—¿Cómo es eso, hijo, exclamó el cura todo asombrado! No tengo yo como pecaminosatan santa vocacion.

—Si, padre; pero debo advertiros, repuso el arrepentido pecador, que he dado palabra de casamiento á una morena capaz de robar el seso al mas pintado.

—Pues entonces, hijo mio, contestó el cura, abandona la vocacion y emprende piadosamente con la morena.

—Si, padre; pero si me caso, se morirán de hambre mi madre y mi hermana, que no tienen en el mundo mas amparo que el mio.

—Pues entonces, hijo, hazte sacerdote, respondió el cura; lo primero es atender á la subsistencia de los que nos han dado el sér.

—Si, padre; pero es el caso, respondió humildemente nuestro hombre, que mi novia me ha dicho que si no me caso con ella se muere de pena.

—Pues entonces, hijo mio, cástate, dijo el cura con mucha calma; no te hagas responsable de la muerte de esa buena jóven.

—Si, padre, pero es el caso que mi novia va para tísica, y el matrimonio pondria en peligro tambien su vida.

—Pues entonces, hijo, respondió el cura, un tanto amoscado, hazte sacerdote.

—Si, padre; pero mi novia me va á llamar entonces infiel y traidor y se morirá de desesperacion.

—Pues entonces, hijo, dijo el cura poniéndose de pié, no queda otro remedio; sube á la torre y tirate al suelo de cabeza.

Solucion de la charada inserta en el numero anterior:

MORATIN.

SANTO DEL DIA.

San Raimundo, abad y fundador, y San Longinos. CULTOS. Se gana el jubileo de las Cuarenta Horas en la iglesia de señoras Comendadoras de Calatrava.

BOLSA

COTIZACION OFICIAL DEL DIA 14.

Fondos públicos.

3 por 100 consolidado al contado, 33-70.
Idem á fin de mes, 33-60.
Idem á fin del próximo, 00-00.
Id. por 100 diferida al contado, 32-30.
Idem á fin del próximo, 32-30.
Amortizable de 1.ª clase, 34-50.
Idem de segunda, 17-00.
Deuda del personal, 25-05.
Billetes hipotecarios, 96-50.

Carreteras y sociedades.

Emision de Abril de 4.000, 89-25.
Idem de 2.000, 94-00 d.
Idem de Junio, de 2.000, 93-50.
Idem de Agosto, de 2.000, 77-00 d.
Idem de Marzo, de 2.000, 70-00.
Idem de Julio, de 2.000, 73-00.
Obras públicas, de 2.000, 72-00 p.
Canal de Isabel II, 1.000, 103-00 p.
Obligaciones de ferro-carriles, 66-40 d.
Idem nuevas, de 2.000, 65-80 p.
Idem, id., de 20.000, 90-00.
Banco de España, 139 00 d.

Cambios extranjeros.

Londres 90 d. f., 49-60.
Paris, á 8 d. v., 5-17.

ESPECTACULOS.

REAL.—A las ocho y media.—Funcion 122 de abono.—Segundo turno, par.—*La Mutta di Portici*.

PRINCIPE.—A las cuatro y media.—*El sordo en la posada*.—*La primera escapatoria*.—A las ocho y media.—*La levita*.—*Escuela normal*.

VARIEDADES.—A las ocho y media.—*Los lazos de la familia*.—*Aunque la mona se vista de seda*...

ZARZUELA.—A las cuatro y media.—*La hija del regimiento*.—A las ocho y media.—*La varita de virtudes*.

BUFOS.—A las cuatro y media.—*La isla de los portentos*.—A las ocho y media.—*La misma*.

NOVEDADES.—A las ocho y media.—*Neron*.—*La mosquita muerta*.

LA ESTRELLA MADRILEÑA.—Carretas, 14, segundo.—A las cuatro de la tarde.—*No siempre lo bueno es bueno*.—*Al que no está hecho á bragas*.—*Maruja*.—*Fuera*.—A las ocho y media.—*Otro gallo le cantara*.—*La mujer de Ulises*.

NEVA INFANTIL.—(Carretas, 14).—A las cuatro y media.—*Los pescadores*.—*Las primeras lágrimas*.—*Pastor de Buitrago*.—A las ocho.—*Las hijas de Elena*.—*Mate usted á mi marido*.—*No mateis al alcalde*.—*Un tonor, un cesante y un gallego*.

RECREE.—A las cuatro.—*El héroe por fuerza*.—A las siete.—*Una coincidencia alfabética*.—*Al año de estar casado*.—*Paco y Manuela*.—*Fé, esperanza y osadía*.—*La primera escapatoria*.

GALLOS.—Circo de Santa Bárbara.—A las doce del dia.—Grandes peleas.

PLAZA DE TOROS.—A las cuatro y media.—La 13 corrida de novillos con moziganga, toros de puntas y ocho novillos para los aficionados.

ANUNCIOS.

NICOLAS VILAPLANA GALANE,

GRABADOR EN MADERA.

Ofrece á sus favorecedores su nueva habitacion, calle de Fomento, 46 y 48, segundo.

Editor responsable, D. JOSÉ GARCÍA.

Madrid.—1868.

Imprenta de Faraldo y Pastor, Fomento 18.